

EL MUDO

Juan José Oliver

La víspera de Navidad, de no sé qué año, fue cuando mi padre logró forzar el portón de madera. Mi mamá le había impedido la entrada tres noches seguidas porque adivinaba sus intenciones de golpearla. El siempre fue así: los tres o cuatro días por mes que llegaba a la casa, siempre era para golpearla, acusándola de fodonga y descuidada conmigo, y de que me traía hecho una piltrafa, negro de mugre y con los pelos tiesos. Pero la verdad es que él siempre que tomaba se ponía como un salvaje encabritado y tambaleante, persiguiéndola y apedreándola por toda la calle que se llenaba de gente y de burlas.

— ¡Defiende a tu madre, Cheché! —me gritaba mi madrina. Me dicen Cheché todavía porque ése era el único sonido que pronunciaba cuando trataba de hablar, pero en realidad me llamo Fidencio.

Mi padre la perseguía alrededor de la manzana, gritándole “Te voy a matar, desgraciada vieja”, eres un esto, eres un l’otro. Y a veces pienso que mi madre se burlaba de él y se lo dejaba llegar hasta que parecía que la iba a jalar por los pelos; pero estaba tan borracho que entonces mi madre hacía un movimiento así, ladeado, para que Lupe, que así se llamaba mi papá, se fuera de cabeza contra la banquetta. Entonces comenzaban los gritos y las burlas:

— ¡Ya comenzó el chou, vengan!

Y mi madrina gritaba:

— ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme! ¡El salvaje de Lupe quiere matar a Queta!

Aquello se volvía lo de costumbre: unos forcejeaban a mi padre, las mujeres atendían a mi mamá, con cara de terror, y la rodeaban hasta ocultarla totalmente. Entonces todas aprovechaban la oportunidad para quejarse de sus respectivos hombres y con una actitud de solidaridad femenina se llevaban a mi madre entre sollozos.

En el barrio todos nos conocíamos. En ese tiempo era una colonia nueva, atrás de la Villa, que fue creciendo poco a poco y que duró muchos años sin luz, ni drenaje, ni agua, ni nada. La colonia se llamaba del Bosque, no sé por qué; pero le aseguro que nunca miré un árbol por ahí. Se dice que todo eso era lago. Pues yo creo que sí porque en febrero y marzo soplaban unas tolvaneras de padre y señor mío, que no se veía a tres pasos; pero me gustaban porque después todos parecíamos fantasmas, de tan blancos, llenos de polvo y salitre. A mí se me partía la piel en los calores y se me agrietaban las patas, igualito a la tierra en tiempo de sequía.

La cosa era que todos nos conocíamos. En una ojeada se abarcaban todas las casas que, por esos días, serían unas veinte o treinta. Todas hechas poco a poco; con tabiquitos, con láminas y cartón o lo que cayera. Pero eso sí: había unos jacales bien miserables que hasta desaparecían cuando hacía un vientecito cualquiera, y en invierno parecían hieleras. Por cierto que una noche hacía tanto frío que me puse a hacer una fogata adentro. Nomás me calaqueaban los dientes. Mi madre había salido y yo traje papeles, cartones y unas tablas y encendí mi fogatita y me quedé dormido como diez segundos o no sé cuánto tiempo. El caso es que sentí un jalón en las greñas y mi madre estaba ahí cogiendo una imagen de la santísima virgen de Guadalupe con una mano, mientras que con la otra me arrastraba de los pelos para afuera; y ya fuera, en el llano, mi madre y yo y los vecinos, nos pusimos a

rezarle a la imagen. Nuestro jacal era un montón de brasas que aprovechamos para pasar calientitos esa noche.

Pasando el tiempo, la colonia se fue extendiendo porque el gobierno comenzó a dividir el llano en lotes y a entregarlos a la gente pobre, como nosotros. De a poquito fuimos acarreando piedritas, tablas, lozas de cemento. Y hasta un buen día, mi padre, que de seguro no estaba borracho, llegó con un portón de madera así de grande montado en su carretilla de trabajo. (Mi papá era cargador en la Merced). Lo colocamos en el frente de ló que, años más tarde, vendría a terminar de cubrir una barda de tabiques, piedras y tablas.

Fue el mismo portón que mi padre forzó y medio tiró en la noche aquélla anterior a Navidad, para meterse a golpear a mi madre, después de tener tres noches durmiendo a la intemperie. El la sacó de la cama y la botó a la calle, medio desnuda.

— ¡Pa' que sepas qué es dormir en la calle!

Mi madre lloraba y suplicaba. Pero mi padre cerró la puerta por dentro con una tranca y yo me quedé mirándolo con mi odio sin palabras.

Mi padre se fijó en mis ojos y me gritó:

— ¡Y tú, escuincla, desde mañana te vas conmigo a la Merced!

Esa vez, mi pobre mamá pasó la noche con mi madrina Lolita, que era viuda y vivía junto. Su esposo se llamaba Severo y era cargador en la Merced igual que mi padre y más borracho aún. Tanto, que de eso murió. Una mañana de noviembre apareció todo tieso en el *Cementerio de los elefantes*. Así bautizaron a la calle esa que está en la colonia Morelos y en donde no falta un día del año en que no amanezca un alcohólico todo frío. Muchos mueren de hambre; pero otros se quedan ahí desangrados después de una riña. A muchos los golpea la policía por eso de las "comisiones". La "comisión" es la parte que reclama la policía de los robos que hacen muchos alcohólicos para tener para su vicio. En la noche van y roban cualquier cachivache y lo malbaratan ahí mismo, tempranito, en Tepito.

En fin, desde la noche aquélla mi vida cambió. Mi padre me levantó muy tempranito al otro día y me dijo que me iba a enseñar lo que era ganarse un méndigo pan. Yo sabía que nunca mi padre le había dado dinero a mi mamá; ella se quejaba conmigo y me decía:

— Sabes, tu padre era bueno conmigo. . . Hace muchos años. Hoy ya no. ¿Y sabes lo que es ahora? Un borracho, un borracho. Un borracho empedernido que lo poco que gana se lo toma o lo pierde o se lo roban. Ya me ves lavando ropa para poder malcomer. El se ha olvidado de nosotros. . . Mi madre daba la vuelta y se ponía a llorar bajo el techito de láminas del lavadero. Ella se pasaba llorando la mayor parte del día. Yo la miraba horas y horas, sin poder decir palabra. Y aunque hubiera sabido hablar no lo hubiera hecho, pues no se me ocurría nada. No recuerdo haber tenido algún sentimiento en especial. Ni lástima o piedad para ella. Ni ahora tampoco cuando pienso en sus lágrimas, apenas si creo haberme burlado una que otra vez de su soledad o eso que no sé cómo llamarlo, pero que la hacía la persona más callada que yo he visto. Ella nació para hacer quehaceres. Trabajaba para muchas mujeres; lavaba la ropa, la planchaba; y hasta iba a limpiarles la casa y les compraba el mandado. Mi madre siempre trabajó y fue acumulando odio tras odio. Me da la impresión que era un gran rencor esperando su oportunidad de desahogo. ¿No le parece?

Llegamos tempranito al mercado. Aún no amanecía. Los camiones de fruta, de jitomate, de lechuga o de frijol empezaban sus maniobras para descargar la mercancía. Era mi primer día de trabajo cargando cajas, acarreando canastas, llevando costales de las bodegas al mercado. Mi padre me estaba enseñando las mañitas y trampas de ese oficio que para muchos es agobiador, claro, para los que no lo conocen. Es duro, es cierto; pero no tanto como la gente cree. Hay que saber levantar los bultos, agarrar las cajas, jalar los costales casi sin esfuerzo, pero con energía y con seguridad.

Como a las cinco de la tarde se acabó el trabajo. Mi padre tomó su carretilla y me dijo que lo siguiera. Todas las calles estaban sucias. Había montonsotes así, mire, así, de puros desperdicios de jitomate. Mi padre fue y hurgó en uno de ellos y sacó dos todavía buenos, y me dio uno y nos los comimos con sal. Y seguimos caminando hasta llegar a una pulquería. Mi padre dejó su carretilla junto a otras dos que había a la entrada, y me señaló el sitio para que pusiera la mía también. Me dijo que le esperara. Entró y volvió al minuto.

— Oritita vuelvo. Voy a estar ahí dentro. Espérame aquí.

¿Y dónde quería que me fuera? Si apenas si había salido de mi casa en toda mi vida, y eso nada más para ver jugar a los demás y nunca le di siquiera una vuelta a la manzana ¿Usted cree? Así que no me quedó más remedio.

Ya habían pasado unas tres horas y mi coraje ya era un temor vivo, pues empezaba a darme cuenta que, de no haber sabido que mi padre estaba ahí dentro emborrachándose con sus amigos, yo estaría perdido, pero además, y esto era lo que más me perturbaba, por primera vez en mi vida —entonces tendría unos catorce o quince años— comencé a valorar mi verdadera condición. Yo estaba acostumbrado a que la gente me llamara el Mudito o Cheché, pero nunca en verdad me había interesado mi condición; posiblemente porque no me importaba hablar o no. Siempre me había dejado llevar por las circunstancias. Mi madre nunca se preocupó por llevarme a la escuela o enseñarme a leer y escribir; yo nunca me preocupé por aprender nada, excepto corretear a las gallinas de los vecinos y hacer maldades a la gente que caminaba frente a mi casa. Los demás niños se burlaban de mí, pero no me importaba. No me importaba nada y me pasaba los días sentado en la banqueta, tirando piedras contra los perros y cuando me quemaba el sol, pues me pasaba del otro lado y a veces se me hacía de noche nomás mirando alguna cáscara o alguna mancha de aceite sobre el pavimento.

Pero ahora era diferente. Yo no sé cuánto tiempo llevaba ahí, pero tendría que esperar lo que fuese necesario. De la pulquería salían una tras otra figuras tambaleantes gritando de gusto o de coraje, las groserías que siempre repetía muy lentamente dentro de mí. Y ya empezaba a tratar de recordar las calles que habíamos caminado desde el mercado hasta la pulquería, como una especie de ensayo por si fuese necesario hacer, más tarde, el recuento de avenidas, edificios altos, iglesias y parques que pensé haber visto en nuestro recorrido.

Estaba terminando de comerme una naranja que traje conmigo del mercado, cuando mi padre salió gritando con otro hombre que decía “carajo, carajo, carajo”. Los dos se abrazaban y gritaban maldiciones contra la vida.

— ¡Ah chingao! —dijo mi padre al verme. Todavía estás aquí. ¡Pos qué bueno! Toma mi carretilla —el otro hombre me miraba con ojos perdidos, preguntándose qué era lo que pasaba—. Mira, este escuincle es mi’jo Fidencio y es mudo y un poco tonto; pero está aprendiendo rápido el oficio. ¡No, no, no! Esa carretilla hay que amarrarla con uno de los mecates. . . ¡Atraviésala! ¡Eso! Ahora sígueme detrasito.

Los dos se tambaleaban por las calles sucias y húmedas. Primero dimos vuelta a la derecha, luego a la izquierda, hasta que llegamos a un parquecito donde hay puras bodegas de plátano. Junto a una de ellas estaba la entrada para el saloncito donde se tomaba alcohol, y de donde provenía un escándalo parecido al del aparatoso muladar de la pulquería.

—Espérame otro ratito— me dijo mi padre. Oritita vengo.

Mi padre se perdió por la puerta y oí sus gritos que trataban de entonar una canción, y después no los escuché más y como una hora más tarde salió el tipo con quien mi padre entró y me dijo:

—Fidencio, ven por tu papá y llévatelo de aquí que está pero bien borracho.

Entré y vi a mi padre doblado sobre una mesa, con la cara junto a un vasito volcado y su gorra bajo la oreja y el brazo derecho colgándole, repitiendo un murmullo de palabras sin sentido.

De algo me sirvieron las mañas que él me había enseñado ese día: lo jalé como a un costal maloliente y me lo eché sobre los hombros y creo que su cabeza iba golpeando contra la pared del pasillo porque de su boca salía algún sonido de protesta.

En la calle lo senté recargándolo contra la pared, pero se deslizaba poco a poco y terminaba acomodándose, haciéndose bolita; lo que parecía muy de su agrado o ya una costumbre. Yo hubiera podido llevarlo en la carretillita —aunque confieso que en ese momento ni se me ocurrió—, pero el problema hubiera sido saber el rumbo. Ya, sin ninguna esperanza, acepté que esa situación era lo mismo que estar solo y perdido. Así que me senté a esperar junto a ese cuerpo apestoso y enroscado que era mi padre.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, encucillado, protegiéndome del frío con unos cartones; pero creo que hasta dormí un buen rato. Mi padre había vomitado y una estela de moscas le zumbaba por la cabeza. Estaba completamente perdido; tanto que ni siquiera abrió los ojos cuando se lo llevó la policía. Yo había visto pasar una sombra y después oí un enfrenón que acabó por despertarme, entonces vi bajar a tres hombres de la camioneta y yo corrí. Un policía me gritaba:

— ¡No corras desgraciado porque te va peor!

Yo doblé por la esquina y luego por otra y me metí a una iglesia que apareció milagrosamente. Ahí pasé la noche, dormido en el confesionario, temblando de frío o del puro susto.

Vagué días por el barrio, comiendo desperdicios y cargando bultos y canastas. Tenía miedo de salir de ese lugar, como tuve miedo antes de alejarme de la calle de mi casa. Al menos ahí encontraría algo que comer.

Usted no me va a creer, pero a veces tenía que pelearme con los perros en el mismo sitio que yo estaba comiendo; había que ganarles lo que todavía se podía comer.

Después me fui alejando poco a poco y cada vez se atrevían más mis pasos. Hasta que un día caminé sobre los durmientes de una vía diciéndome "por aquí nunca me perderé; nomás regreso y ya". Y sí, regresé, pensando en no sé qué y mirando los durmientes. Pero también las vías tienen sus trampas y me seguí por algún entronque que me llevó a donde había muchos vagones parados. Me metí a uno lleno de maíz y me dormí y amanecí en otra ciudad.

Esto de hablar no sé cómo explicárselo; pero yo creo que era sólo cuestión de tener trato con la gente. Poco a poco fui pronunciando sonidos. Y un buen día, sin darme cuenta, hablé hasta de política con mis compañeros de trabajo. Yo empecé como cargador en ese menjurge de los rieles. Después fui garrotero y ayudante de mecánico en los talleres de Empalme. Y allí me fue bien y me quedé trabajando hasta que vino lo del movimiento. Sí, el del 58. Esa fue una huelga muy grande. Yo era uno más entre la bola. Decían que todo iba viento en popa; que dizque íbamos a ganar, pero una noche que estábamos discutiendo dentro de los vagones que habíamos parado en Benjamín Hill, llegó el ejército y sin decirnos nada nos apresaron. Nos hicieron borlote; nos acusaron de comunistas y de que teníamos todo un arsenal. Pero lo único que encontraron fue un par de escopetas que sacaron de no sé dónde.

Después, en la cárcel, supe que en toda la República había sido igual.

Yo estuve encerrado dos años sin ningún juicio en la cárcel de Caborca, allá en Sonora. Y después que vieron que yo no tenía ninguna función vital en el sindicato, me soltaron; pero me cerraron todas las puertas en el gremio y fuera de él. Y desde entonces no encontré un trabajo, porque me ficharon para toda la vida, y ya tengo más de diez años así, viviendo de la uña.

Esta es la quinta vez que me encierran por conejo. Pero, señor licenciado, si de verdad quiere ayudarme hágales saber por todas las que he pasado.

